

ISABEL DE BARRETO: UNA MUJER EN EL PACÍFICO

Belén FERNÁNDEZ Y FUENTES
Historiadora

No hace mucho tiempo me comentaban la odisea de una muy querida amiga que sorprendió y dio una lección de temple a sus compañeros de viaje en un bonitero agitado por una mar lo bastante picada como para asustar al más valiente de los viajeros... y si no recuerdo mal, aquella mar picada era la misma que conoció nuestra doña Isabel.

La anécdota me hizo pensar que si hoy día, en las puertas del siglo XXI, cuando las mujeres ya no somos tan débiles criaturas y nos sentimos tan capaces de tener las mismas vivencias y aventuras que el género masculino, una actitud femenina de dignidad y fortaleza llama la atención ¿qué sería en el siglo XVI?

Es cierto que la historia está llena de mujeres fuertes y luchadoras, de Juanas de Arco que defienden un ideal hasta el final; pero también es cierto que Isabel de Barreto debió ser, dentro de las más fuertes, una número uno porque no solo tuvo que enfrentarse a las inclemencias climáticas ni a los cambios geográficos, sino también a una marinería dura, compuesta de hombres bastante rudos y en unas circunstancias de avituallamiento, cuanto menos, difíciles - como veremos- esta "frágil mujer del siglo XVI tuvo vocación de mando."

Veamos, someramente, el ambiente que pudo vivir esta mujer en su infancia limeña.

La situación americana a mediados del siglo era ya lo bastante avanzada e importante como para atraer a los habitantes desde la península; soldados, clérigos y marinos que fueron los primeros, se dejaron seguir por intelectuales, artistas, artesanos... que quieren buscar otro tipo de vida, siempre un poco mejor de la que se disponen a dejar atrás.

Lima es uno de los lugares preferidos de estos viajeros aventureros, ya que desde la mitad del siglo es un lugar culturalmente activo, tiene su propio teatro, sus propios autores de comedias e, incluso, ya a finales del siglo, sus propios corrales, donde estas obras son representadas. Además de las obras de teatro, allí se desarrolla una corriente literaria importante: la crónica, que implica una descripción fiel y fresca de la historia inmediata, de este modo encontramos la obra objetiva de Cieza de León *Crónica del Perú* escrita entre los años 1541 y 1543, junto con éste tenemos a Garcilaso de la Vega, con sus *Comentarios Reales* y su *Historia del Perú*, Juan Santacruz y Pachacuti, Felipe Guamán Poma de Ayala *Nueva crónica y Buen gobierno*, Juan Díaz de Betanzos *Suma y narración de los incas*, José Acosta *Historia natural y moral de las Indias*, Pedro Sarmiento de Gamboa *Historia Índica* y el gran defensor del pasado preincaica, Fernando de Montesinos.

Este hecho favorece, como es lógico, la introducción de la imprenta en la capital, datada en 1580 con la llegada del impresor italiano Antonio Ricardo. Pero para imprimir libros era necesaria la licencia del Rey y de la Audiencia, esta fue conseguida cuatro años más tarde.

Por otra parte, en 1517, se instala en América el Arzobispo de Lima, Fray Gerónimo de Loayza, que será constituido como Obispo Inquisidor, procesando a Pedro Sarmiento de Gamboa como culpable de prácticas prohibidas de astrología.

El tribunal limeño de la Inquisición perseguía delitos de brujería, astrología, herejía adivinación y otros; pero lo que realmente influyó en la vida cultural fue el ejercicio de censura que se llevaba a cabo sobre los libros importados.

En lo referente a la economía monetaria son los españoles quienes traen la moneda metálica y se utilizaba también plata en barras. En 1568 se realiza la primera acuñación de moneda en Lima con la creación, en el año 65, de la Casa de la Moneda por Felipe II, esta casa de la moneda cerró sus puertas tras trasladarse a Potosí.

Entre los años 1545 y 1650 el Virreinato vive una etapa de auge marinerio. Coincide este momento con la colonización intensiva, la fundación de ciudades y la creación de reducciones -pueblos indios convertidos al cristianismo- y es entonces cuando se produce el proceso de formación de la hacienda colonial y la parcial organización de la economía que este proceso conlleva. Las tierras, que pertenecían al rey en el momento de la conquista, van pasando a manos de los españoles por una vía o por otra -se tomaban los espacios agrícolas o se recibían mercedes o donaciones de parte de las autoridades-. Estamos ante la posesión de tierras, lo cual era el termómetro del prestigio social y que provocó la formación de una especie de feudalismo colonial.

La agricultura también sufrió cambios con la introducción de trigo, cebada, vid y olivo, sin olvidar ni abandonar los cultivos autónomos como el maíz, papa y coca.

De este modo la sociedad colonial se hizo básicamente agropecuaria y minera, pero también la industria tuvo su importancia, ya que se elaboraba aguardiente y azúcar en zonas costeras y valles cálidos de la sierra.

Por otra parte estaba la industria textil, que resultó la actividad manufacturera con mayor demanda, se fabricaban telas de lana, algodón o lino, ya fuera en prendas de vestir o en ropa de casa. Pero además se producían sogas, alpargatas, artículos de cuero, loza o vidrio, pólvora, telas para velas de barcos...etcétera.

En esta situación España prohibió todo el comercio con las Indias salvo aquel que se ejercía por medio de la "carrera de Indias" con lo cual, como la entrada de mercancías debía efectuarse por el sur de España, ésta podía hacer de puente hacia Europa. También para Lima el monopolio era una ventaja, ya que el abastecimiento del Sur de América debía ejercerse pasando por su control.

En lo que a población se refiere hay que señalar que se produjo un descenso (debido a epidemias, guerras de conquista o represiones) en la población indígena. También a este descenso contribuyó el sistema de contratación de mano de obra. Los trabajadores vivían en unas condiciones de higiene pésimas a la vez que trabajaban incansablemente, los dos factores unidos provocaban un alto índice de mortalidad entre los indios.

La vida social era intensa, las festividades públicas se repetían frecuentemente, tanto es así que algún autor afirma que en el siglo XVI llegaron a constituirse más de 90 días festivos celebrados con desfiles, procesiones y bailes tradicionales y mestizos. Además los recibimientos a cada nuevo virrey duraban varios días y en ellos participaba toda la población, lo cual predisponía a los indios al buen acogimiento de las disposiciones políticas y religiosas que les eran impuestas desde la lejana España.

En esta situación histórica vive la familia de Isabel Barreto; sus padres, Nuño Rodríguez Barreto y Mariana de Castro, ambos originarios de Galicia, que atraídos por los relatos de ultramar se embarcaron en busca de un mejor porvenir con destino a Nueva Castilla. Además, la perspectiva de que el oro podía reportar una riqueza fácil y abundante era el pensamiento extendido en la España de la época.

Se establecen en el barrio de Santa Ana (conocido como los Barrios Altos de Lima) y tienen diez hijos, cinco varones y cinco mujeres (Lorenzo, Luis, Diego, Antonio, Gerónimo, Mariana, Isabel, Petronila, Beatriz y Leonor). Hacia el año 1580 y gracias a los ingresos de don Nuño la familia Barreto Castro cuenta con una gran fortuna.

Isabel compartirá con sus hermanos y hermanas juegos y entretenimientos, se dice que con una seguridad y desenvoltura masculinas, mientras sus otras hermanas resultaban más tímidas. Seguramente este rasgo arrojado de su carácter fue el que llevó a esta mujer a embarcarse en aquella aventura, además de que embarcaría junto a ella a algunos de sus hermanos, como veremos. Pero hagamos un rápido repaso de la vida que Isabel pudo llevar en Lima hasta el comienzo del viaje por el que la recordamos.

Para ello voy a permitirme seguir el hilo de una de las más recientes obras sobre esta mujer, escrita y publicada en Perú, por Hilda Elfa de Zevallos, esta investigadora, concedora de Lima y su historia hace una amplia referencia a las circunstancias que viviría Isabel de Barreto.

Según ella la familia Barreto ubicó su casa en una zona entonces bastante apartada del centro de la ciudad, y en la cual destacaban amplios huertos, lugares repletos de cultivos, frutas y flores.

La familia era vecina de la iglesia de Santa Ana, donde se bautizó a Isabel, cercana a la casa se encontraba el río Rímac, atravesable fácilmente gracias a un puente de madera por el que podían aproximarse al centro de la ciudad. Parece que muy cerca de la casa existía una "huaca" -lugar sagrado- detrás del monasterio de la Concepción, a ella se dirigían los hermanos Barreto, probablemente atraídos por la aventura y lo desconocido.

Lima, en la edad joven de Isabel, contaba con cerca de tres mil casas edificadas y crecía sobre todo hacia el sur y el este.

La célula viva de esta expansión colonial era la actividad de conversación y difusión cultural que se generaba en conventos y monasterios.

Por otro lado, a estas alturas del siglo, Lima vive absorbida por la idea de reclusión donde se enclaustran hombres y mujeres y donde empieza a surgir una economía opulenta y estable y se sientan las bases para la administración de las colonias; es en este preciso momento cuando comienza a utilizarse el nombre de Perú.

El virreinato de Nueva Castilla, según Raúl Porras "cubre desde entonces el área incaica y en el siglo XVII abarca toda la América Meridional, desde Panamá a Magallanes con excepción del Brasil y de las tierras no descubiertas de la selva amazónica, con una vocación imperial... y el mar del Sur, de Balboa, se transforma bajo el signo predominante del virreinato, en el *Oceanus peruvianus*".

El paisaje observado por la joven Isabel debió ser realmente hermoso: huertas pobladas de limoneros, naranjos, higueras y granadas, palomas, caballos, bueyes, vacas y otros animales. Todo ello haría de aquel lugar un ambiente rural, detonante del crecimiento de la vida económica. Además los huertos con los nuevos productos recién implantados (olivos, espárragos y hortalizas), productos que sumados a las riquezas del país harían que el nombre de Perú estuviera unido inseparablemente al adjetivo opulento.

Pero no sólo fue el nuevo paisaje lo que correspondió ver a Isabel, también el cambio de la estructura social lo viviría directamente. Criollos y mestizos van aumentando en número y ello obliga a la aparición de nuevos barrios y a la generación de un cierto sentimiento de identidad nacional; este sentimiento, no lo olvidemos, siempre de una "occidentalización" favorecida por la educación de los conquistadores (y la conquista fue religiosa y cultural).

Ante este espectáculo y ante su propia situación particular, no es de extrañar que Isabel Barreto, al conocer aquella pacífica mezcla de culturas, comprendiera y compartiera los afanes de colonización del momento, del mismo modo que no dudara en ser una primera colonizadora de aquellas islas Salomón, tan codiciadas y soñadas por su leyenda de fasto y riqueza. ¿No habían emprendido sus padres una aventura similar? Y desde luego, no puede decirse que a la familia le hubiera resultado negativa la "locura", más bien al contrario: ella y sus hermanos habían crecido sanos y felices, sus padres, de haberse quedado en España, seguramente les hubieran proporcionado una vida más constreñida y oscura, entonces ¿por qué no probar? Por otro lado, y lo veremos durante su navegación, Isabel era fuerte, dura y aventurera. Era, en resumen, la mujer ideal para establecer en un mundo ignoto las bases religiosas y culturales del mundo occidental.

De este modo debió pensar el leonés Álvaro de Mendaña al conocerla, además él también era aventurero y podía ofrecer aquella quimera que ya había palpado a cambio de una buena dote para el viaje que, de otro modo, no hubiera

sido posible. Los designios de la historia son así de poco románticos aunque nos cueste reconocerlo y aunque no nos guste, pero nos queda siempre el consuelo de que muchos grandes matrimonios se hicieron por interés mutuo y acabaron en respeto y cariño.

El navegante leonés Álvaro de Mendaña pide audiencia al séptimo virrey del Perú, don Fernando de Torres y Portugal, conde de Villadompardo, para solicitarle una ayuda económica con el fin de poder volver a las islas Salomón, archipiélago descubierto por él años atrás y que, por lo que parecía, era un edén de riqueza y hermosura.

En aquel momento la ciudad de Lima había sido asolada por un terremoto y los gastos gubernamentales eran grandes, tanto así que el virrey no cedió ante las solicitudes económicas del viajero. Éste conoce a Isabel, rara mezcla de feminidad y hombría, con un hablar que, como dice Majó “a la vez acaricia y manda” don Álvaro, hombre curtido, la pide en matrimonio. Como lugar de la boda eligen la iglesia de Santa Ana y el matrimonio se celebrará en el mes de mayo de 1586. La novia aportará una gran dote, gracias a la cual, casi diez años más tarde, don Álvaro podrá llevar a cabo su segunda expedición.

Esta mujer se convertirá pronto en el mayor apoyo de su marido, conocido en la corte como el Adelantado, y él ofrecerá a su esposa una quimera: la posibilidad de convertirse en gobernadora de las Islas Salomón y, si todo sale bien, marquesa. El carácter de Isabel no se hace de rogar y ayuda a su marido desde un primer momento en los preparativos del viaje. Una vez que don Álvaro, tras varios intentos obtuvo la audiencia de Felipe II, consiguió del monarca la firma de unas capitulaciones que le concedían los siguientes privilegios:

1. Ir a su costa y misión a conquistar y pacificar las islas del mar del Sur.
2. Llevar quinientos hombres con armas, y de ellos cuarenta casados, con sus hijos.
3. Llevar veinte vacas de vientre, diez yeguas de vientre, diez caballos, veinte cabras parideras con los machos necesarios, veinte ovejas con los carneros que fuesen menester, diez puercas y dos machos, para que todo se multiplicase.
4. Llevar los navíos necesarios.
5. Llevar todas las vituallas, bastimentos y provisiones que fuesen menester.
6. Fundar tres ciudades, la una, capital, con sus ordenanzas, dentro de los seis años en que debía tener pobladas aquellas islas.
7. Poner fianza de diez mil ducados, como garantía del cumplimiento de lo estipulado.

Todas estas condiciones eran duras para Mendaña, por lo que insistió nuevamente en sus demandas y consiguió una nueva capitulación por la que se le concedía:

1. Licencia y merced del adelantamiento de las islas, por su vida y por la del hijo, heredero o sucesor, cual él lo señalare.
2. Merced de gobernación o capitanía general de las islas, por su vida, la

de un hijo o heredero, cual él lo señalase, con el salario que fijare, según la riqueza de la tierra.

3. Merced de alguacilazgo mayor para él, un hijo o heredero, cual, él lo señalare.

4. Licencia para llevar veinte esclavos negros, libres de todo derecho, a las islas y no a otra parte.

5. Para llevar, libre de gastos, hasta ochenta esclavos negros de España o Portugal, de Cabo Verde o Guínea, la tercera parte hembras.

6. Llevar un navío de hasta trescientas toneladas, cargado de mercaderías de España.

7. Licencia para ir cada año un navío con armas y provisiones y todo lo necesario a las tierras pobladas.

8. Concesión de derechos de almojarifazgo en el primer viaje.

9. No pagar del oro, la plata y las perlas más que el diezmo.

10. Exclusión de alcabalas durante veinte años.

11. Exclusión de derechos sobre lo que allá se llevare durante diez años y de veinte para el adelantado y su familia.

12. Merced perpetua de dos pesquerías, una de pescado y otra de perlas.

13. Licencia para encomendar repartimientos de los indios, si los hubiese.

14. Dar solares y tierras a los descubridores.

15. Hacer tres fortines, con salario competente, en cada uno de ellos.

16. Para formar por sí y por dos vidas un reparto de indios y, si falleciese sin hijos, que lo disfrutase la viuda.

17. Para que, si tuviere indios encomendados en otra provincia, continuare disfrutando del provecho dellos.

18. Para abrir marcas y punzones para marcar el oro y la plata.

19. Para nombrar oficiales de la Real Hacienda.

20. Para sofocar cualquier rebelión o alteración.

21. Para hacer ordenaciones sobre explotación de minas.

22. Para tener jurisdicción civil y criminal, en grado de apelación, del teniente de gobernador, alcaldes mayores, corregidor y alcaldes ordinarios en lo que hubiere de ir ante los consejos.

23. Merced de que fuese inmediatamente inferior al Consejo de Indias.

24. Que nadie tuviese jurisdicción en las islas más que él.

25. Licencia para poder levantar en España o en Portugal, hasta 500 hombres, no poniendo las justicias impidiendo alguno.

Y el documento termina: "Por ende, cumplimentando vos, el dicho Álvaro de Mendaña, este asiento y capitulaciones, como ofrecéis, tenemos cuenta con vos hacer merced, de vos dar vasallos en perpetuidad y título de marqués u otro".

Ahora sí, parecía que todo estaba atado y bien atado. Con la autorización de esta capitulación el Adelantado renovará su solicitud de permiso al virrey García Hurtado de Mendoza, entretanto Isabel ha podido convencer a algunos de sus hermanos para que se unan al viaje.

Los preparativos son largos y algún autor nos dice que aún unos días antes de la partida no estarían los navíos preparados (Bosch), por fin, tras recomendaciones, charlas y encuentros, don Álvaro logrará reunir cuatro naves: La *San Jerónimo* será la nave capitana, en la que embarcará don Álvaro con su mujer y otras 130 personas, la almiranta será la *Santa Isabel*, cuyo capitán es don Lope de Vega, embarcado con su mujer Mariana de Castro, hermana de doña Isabel y 182 personas más. La galeota *San Felipe* es más pequeña y conduce 21 personas, mandada por el capitán Felipe Corzo, la fragata *Santa Catalina* es comandada por D. Alonso de Leyva y llevará a bordo 31 personas. Lorenzo Barreto, hermano de doña Isabel, será nombrado capitán de la primera nave, y como piloto mayor se eligió a uno de los más experimentados del momento Pedro Fernández de Quirós, hombre experimentado en la mar y con un carácter a la vez firme y tolerante. Como maese de campo fue elegido Pedro Marino o Marinho, experimentado pero impulsivo y capaz de crear conflicto tras conflicto durante el viaje.

Pero antes de levar anclas, veamos cuál era el ambiente de una expedición de este tipo en aquel siglo, esto nos será útil para comprender más tarde su actitud tan discutida. Para ello vamos a valernos de un par de textos históricos, uno muy cercano al momento, el otro un poco más alejado, pero no por ello menos ilustrativo:

Pedro Fernández de Quirós, en su *Descubrimiento de las regiones australes* nos cuenta:

“Embarcóse el maese de campo y lo primero que hizo fue atravesarse con el contra maestre de la capitana sobre cosas de su oficio, diciéndole palabras de las que obligan poco e indignan mucho. Descartóse el contra maestre, y queriendo vengarse el maese de campo, se lo impidieron ciertas personas de cuenta. Estaba a esta sazón hablando el piloto mayor con doña Isabel, quien dijo: Riguroso viene el maese de campo; si aquel fuera el modo de acertar en lo que se pretende, tuviera próspero fin, mas a mí muy lejos me parece de acertar. Y vuelto al maese de campo, le dijo que mirase que el adelantado no gustaría que le tratase su gente con el desamor que mostraba, y más por tan leve ocasión. El maese de campo respondió con gran desgarre: Mire lo que tenemos acá. Y el piloto mayor, lo que es razón en toda parte, mostróse indignadísimo... El maese de campo con altivez replicó: Conóceme, ¿no sabe que soy el maese de campo, y que si navegamos los dos en una nao y le mando embestir con unas peñas que lo ha de hacer? (...)”

Como vemos, los problemas comenzaron pronto. Pero sigue Quirós más adelante:

“El maese de campo, porque debía de querer en sus ordinarios y primeros pensamientos de no tener paz, tuvo cierto piconcillo con el almirante, que aunque menudencia, pareció principio a desórdenes: que para haberlas por mínimo que sea, como el demonio atiza, resobra. El adelantado iba deseosísimo de llevar gente de bien, y así por cosas que le movieron echó en tierra ciertos hombres y mujeres, y bien creo que pudiera echarlos a todos e irse solo a su jornada...”

El editor de este escrito nos da una nota a pie de página acerca de este hecho que merece la pena ser reproducida: “Felipe II había escrito al marqués de Cañete, que una buena solución para sanear el Perú sería enviar a toda la gente haragana, que pululaba por el Virreinato, a la expedición de Mendaña”. ¿Para qué más comentarios?

Éste era el ambiente del momento en una nave que iba a partir a una expedición larga y penosa...Las cosas a bordo y en alta mar no debieron ser mucho mejores y menos para una mujer. Pero oigamos también lo que nos cuenta Salazar en “La mar descrita por los mareados”, aunque hablamos del año 1573, la diferencia no debía ser tan grande:

“Hay aposentos tan cerrados, oscuros y olorosos, que parecen bóvedas o carneros de difuntos (tumbas). Tienen estos aposentos las puertas en el suelo, que se llaman escotillas y escotillones; y porque, como son los aposentos, parecen senos de infierno -si no lo son- es cosa cuadrante que las puertas y entradas estén en el suelo, de manera que se entren hundiendo los que allí entraren. (...) Los hombres allí dentro parecen pollos y capones que se lleva a vender en gallineros de red y esparto. (...) Hay ríos caudales, no de dulces corrientes cristalinas, sino de espesísima suciedad, no llenos de grano de oro, sino de granso de aljófara más que común, de grandes piojos. (...) El terreno es de tal calidad que cuando llueve está tieso y cuando los soles son mayores se enternecen los lodos y se os pegan los pies al suelo. De las cercas adentro tiene grandísima copia de volatería de cucarachas y grande abundancia de montería de ratones, que muchos de ellos resisten a los monteros como jabalíes. (...) Por fuera negra, por dentro negrísima: suelos negrales, paredes negrunas, habitadores negrazos y oficiales negretes; y en resolución es tal que desde el bauprés a la contramesana, de la roda al codaste y del un bordo al otro no hay en ella cosa que buena sea ni bien parezca; mas, en fin, es un mal necesario, como la mujer. Hay universidad de gente y población y los vecinos de esta ciudad no tienen más amistad fe ni caridad que los bijagos, cuando se encuentran en la mar.”

Continúa nuestro narrador con otros horrores más impresionantes; pero con esto tenemos una idea del ambiente a bordo, el resto lo pueden imaginar y se quedarán cortos.

Las naves zarparon del Puerto de El Callao en abril de 1595 y los miembros de la expedición eran:

D. Álvaro de Mendaña y Castro, general, jefe de la expedición, como ya hemos visto, a bordo del galión *San Jerónimo*.

Doña Isabel de Barreto, su esposa.

D. Lope de Vega, almirante.

Coronel don Pedro Merino Manrique.

Mayor don Luis Morán.

Capitán don Felipe Corzo.

Capitán don Alonso de Leyva.

Capitán don Manuel López.

Doña Mariana Ponce, su esposa.
Capitán don Lorenzo Barreto, hermano mayor de doña Isabel.
Alférez real don Toribio de Bedeterra.
Alférez don Diego Barreto, segundo hno. de doña Isabel.
Alférez don Juan de Buitrago.
Doña Luisa Gerónimo, su esposa.
Alférez don Tomás de Ampuero.
Alférez don Jacinto Merino.
Alférez don Diego de Torres.
Sargento Jaime Gallardo.
Sargento Luis Andrada.
Juan de la Roca, asistente del capitán Barreto.
Raimundo, asistente del alférez Buitrago.
Gil Mozo, asistente de Ampuero.
Salvador Alemán.
Sebastián Lejía.
Federico Salas.
Miguel Gerónimo, al que acompañan su esposa y cinco hijos.
Melchor García.
Miguel Cierva.
Juárez Mendes.
Matías Pineto.
D. Pedro Fernández de Quirós.
D. Marcos Marín.
Damián de Valencia.
D. Gaspar Iturbe.
Jaume Bonet.
D. Martín Groc.
D. Francisco Frau.
Pedro Juan de la Espinosa, vicario.
Padre Antonio de Serpa, capellán.
Padre Joaquín.
Juan Leal, hermano lego y asistente de enfermos.
D. Luis Barreto, hno. menor de doña Isabel.
D. Miguel Llano.
D. Andrés Serrano.
D. Juan de la Isla con su esposa y su hija.
D. Andrés Castillo.
D. Mariano Castillo.
Elvira Delcano, Belita de Jerez y Pancha (doncellas y criada de doña Isabel).
Pacito, paje del coronel.
Leona Benítez, su lavandera.
Myn, negro del general, veterano de la expedición anterior.

Además, entre los viajeros, irían colonos con sus mujeres que, como doña Isabel, debían ser también valientes y aventureras, o estar muy enamoradas de sus maridos para compartir tanto tiempo de su vida con el agua salada, el escorbuto, la inseguridad y el miedo...

Del puerto de El Callao se dirigen al norte, donde les espera el capitán Lope de Vega con más tripulantes y en este momento tiene lugar uno de los primeros problemas, cuando la tripulación de la capitana se apoderó de un barco en el Puerto, serían los problemas iniciales, pero también en cuenta el cariz que con el tiempo, tomaron los acontecimientos. También parece que hubo, como hemos entrevisto, desacuerdos graves entre el maese de campo y Quirós y aunque la imagen de Quirós se ha visto dañada por algunos estudiosos, hay que decir a su favor que el maese de campo no dejó de tener problemas con cada uno de los tripulantes ya fueran mandos o marineros y estos problemas se saldarían más tarde con mayor gravedad.

En total iban embodegadas 1.800 botijas de agua y el número de viajeros fue de 378 personas de las cuales había 280 aptas para tomar las armas. Mendaña pidió a Quirós que hiciera 5 cartas de navegar, una para él y otras para los demás pilotos, y éstas sólo debían señalar tierra peruana desde Arica hasta Paita y cuya longitud fuera nada más que de 1.500 leguas más allá del Perú, pues se suponía que las Salomón se encontraban a 1.450 leguas.

El comienzo de la navegación debió ser alegre y expectante, no olvidemos que la principal idea de los navegantes era lanzarse en pos de nuevos horizontes.

Después de 35 días de navegación será descubierta la primera isla, y se entonaría el Te Deum Laudamus en agradecimiento a la Tierra. Al siguiente día las naves se situaron al sur de la isla y vieron salir setenta canoas pequeñas, ocupadas, la que menos por tres hombres y la que más por diez. Los indios resultaron para los españoles "casi blancos y de muy gentil talla, grandes, fornidos, membrudos, bueno el pie y la pierna, y manos con largos dedos, buenos ojos, boca y dientes (...) Venían todos desnudos, sin parte cubierta alguna, los cuerpos y rostros todos muy labrados con un color azul y dibujados algunos pescados y otras labores"(Quirós).

Los indios recibieron bien a los marineros, pero los acontecimientos se complicaron (fuera por miedo o por incomprensión) y las barcas siguieron su camino.

Cuenta Quirós que el Adelantado no reconoció aquella isla y por eso decidieron dejarla atrás, considerándola como descubrimiento nuevo. Este debió ser el primer momento de duda hacia don Alvaro por parte de su tripulación ¿por qué no haberse quedado allí? pensarían más adelante.

Después de esta isla vieron otras tres: San Pedro, isla Dominica y Santa Cristina, a las cuales llamó el Adelantado las Marquesas de Mendoza. En Santa Cristina don Álvaro saltó a tierra con su mujer y la mayor parte de la gente para oír la primera misa, luego el general, en nombre de Su Majestad tomó posesión de las cuatro islas, paseó por ellas, sembró maíz y embarcó

dejando al conflictivo maese de campo en tierra junto con la gente de guerra. El maese, o los guerreros lograron sembrar su cizaña y se desencadenó una nueva batalla. Los indios atacaban y los españoles respondían de tal modo que los primeros tuvieron que replegarse y, con buen criterio, asumir la inferioridad de sus armas, de tal suerte que Quirós nos dice que los indios les recibieron amistosamente. La paz venció y tripulación y polinesios convivieron amigablemente durante algún tiempo, compartieron conversación (la que se podía) y algunas otras cosas. Pero don Álvaro quería llegar a las Salomón y decidió retomar la mar. Durante este tiempo se había arreglado la galera y recogido agua y leña. Los expedicionarios no estaban muy satisfechos de la partida y ello dio lugar a murmuraciones; pero a los pocos días el Adelantado aseguró que se vería tierra en seguida y se calmaron los ánimos.

Vana esperanza, porque la tierra tardó en avistarse, comenzando a faltar agua y surgiendo el rumor de que la tierra buscada se había dejado atrás. Y seguimos la narración de Quirós: "... y no hay que espantar, que para semejantes empresas han de ser muy hechos a trabajos, y muy sufridores dellos, los que han de poder llevar las faltas y cargas". Sin duda alguna, Isabel lo fue.

Entre tanto, el capitán de la *Santa Isabel* solicitó a Mendaña leña y agua. El Adelantado les hizo llegar la leña; pero sin tener en cuenta las demás peticiones, tal vez influido por el miedo de doña Isabel a que les llegara a ellos la escasez.

El día 7 de septiembre se llega a Santa Cruz y las embarcaciones se ponen a la capa hasta el día siguiente; pero la *Santa Isabel* no está. Mendaña enviará a las otras naves para asegurarse de que no se ha quedado atrás, la nave no aparece y Quirós dirá poéticamente que si nublado estaba el día, mucho más lo estaban los ojos de doña Mariana de Castro, esposa del almirante.

Cincuenta piraguas salieron al encuentro de los navegantes, en ellas iban hombres de color oscuro, con los cabellos rizados y teñidos de distintos colores, algunos con parte de sus cabezas rapadas, los dientes pintados de rojo, desnudos o con sólo un fino paño por vestidura. Sus brazos se adornaban con brazaletes de bejuco y en sus cuellos lucían collares de pequeñas cuentas, hueso, ébano, dientes de pescados y conchas de diversos tamaños.

En un principio Mendaña y su esposa sintieron alivio: habían llegado a su destino. Pero cuando el Adelantado se dirigió a los indios fue consciente de su equivocación porque estos no le comprendían. Sin embargo Mendaña era sabedor de que su gente estaba cansada, que las condiciones del viaje, como hemos visto, eran duras... y decide parar en la isla hasta tener alguna noticia de la *Santa Isabel*. Para los niños y las mujeres esto debió suponer una gran liberación.

Los indios observaban los navíos sin atender las invitaciones a subir a ellos que les hacían los españoles y de pronto lanzaron una nube de flechas hacia las velas de las naves. Los arcabuceros dieron respuesta inmediata a este repentino ataque. De este modo Mendaña decidió buscar un puerto mejor

y más seguro, abrigado de los vientos para pasar la noche. Lo encontraron y sintieron los cantos y música de los indígenas durante toda la noche.

Al siguiente día, un gran número de indios se dirigió hacia las naves para verlas, llevaban flores rojas en sus cabezas y narices, y esta vez sí consintieron en subir a bordo; así comenzó la amistad de Mendaña con el jauriqui Malope: *“Entró luego preguntando por señas quién era nuestra cabeza: el Adelantado le recibió con grande amor y tomándole la mano, le dio a entender quien era. Él le dijo que se llamaba Malope, y el Adelantado a él, Mendaña y a el Adelantado que se llamase Malope...”* Esta primera muestra de generosidad por parte del jauriqui se siguió de cuatro días de intensos intercambios de regalos y comida; pero estalló una nueva revuelta cuando los indios de otro poblado hicieron que surgiera un malentendido entre los marineros y el jauriqui y su gente. La situación fue sofocada con rapidez y las amistades se reestablecieron.

El 21 de septiembre, día de San Mateo, se dirigió el Adelantado con toda su gente a otro puerto más acomodado dentro de la misma bahía y se envió a don Lorenzo para que bojeara los alrededores en busca de la nave perdida.

A la mañana siguiente un gran número de indios se dirigió a la nave, aquí se dio un gran número de heridos indios, que huyeron a tierra. D. Lorenzo les siguió y el maese de campo le amenazó desde la nave de lo que según cuenta la crónica *“sintióse mucho doña Isabel”*, al parecer la discusión entre doña Isabel y el maese de campo debió ser dura, pues sabemos que éste no volvió a dormir a la nave, sino que permaneció en tierra.

Pocas horas pasaron en calma, porque al siguiente día el maese volvió a sembrar el conflicto, esta vez entre solteros y casados. Los primeros pretendían instalarse en el pueblo recién descubierto, mientras los últimos eran del parecer de que aquellas tierras no eran sanas; al fin se encontró un lugar adecuado y allí se instalaron nuestros viajeros: era la bahía Graciosa. La descripción de estas tierras por Quirós no tiene nada que envidiar a la de la Tierra prometida que se hace en la biblia. A la isla se dio, como hemos visto, el nombre de Santa Cruz.

Pero ni en nuestro siglo ni en los anteriores nunca fue fácil comportarse al gusto de todos, y los problemas tenían que surgir: algunos de los soldados comenzaron a tener quejas con respecto a las ideas del Adelantado, de manera que empezaron a correr papeles y pareceres de protesta, don Álvaro salió a tierra, aunque parece que bastante enfermo, para hacer frente a la situación de Merino Manrique y Tomás de Ampuero.

En este tiempo una pequeña cuadrilla de soldados, capitaneados por Juan de Buitrago dio muerte al jauriqui Malope, esto dolió profundamente a Mendaña que quiso escarmentar severamente a los culpables; Quirós habló con él en favor del cabecilla, que no sería ejecutado, pero que se dejaría morir poco más tarde.

La profesora Annie Baert concluye en lo que se refiere a estos episodios: *“pese a que nuestros documentos son muy discretos sobre este punto, parece que ciertas damas de la expedición fueron la causa, real o supuesta, del des-*

honor de su marido, lo cuál daría una explicación a la decisión de Mendaña. don Lorenzo Barreto, uno de los hermanos de doña Isabel, habría seducido a la esposa de Juan de Buitrago, doña Elvira Lozano. Así mismo, Tomás de Ampuero, personaje ambiguo, exiliado por el virrey de Perú, que esperaba convertirse en gobernador de la expedición a la muerte de Mendaña había, posiblemente gustado a la esposa del último -hablamos de doña Isabel- Según ciertos témoins, estas suposiciones explicarían que Buitrago estuviera en la conspiración para matar a los Barreto y que Mendaña le hiciera matar del mismo modo que a Ampuero.

No obstante, no es necesario buscar asuntos amorosos para comprender la situación creada por las rivalidades, el miedo al futuro, la convoitise, y sin duda un cierto vacío de poder. Efectivamente, Mendaña no se mostró nunca lo suficientemente autoritario: esta, que es probablemente una cualidad, en lugar de atraerle el reconocimiento de sus hombres, se volvió contra él y le hizo pasar por débil e indeciso. De aquí a pensar que era el juguete de doña Isabel sólo hay un paso, que fue franqueado fácilmente por Robert Graves, en su novela "Las islas de la imprudencia", aunque sin ninguna prueba al respecto".

Por otra parte la situación que podemos llamar "sanitaria" de los españoles va de mal en peor, muchos se encuentran enfermos, el capellán Antonio Serpa muere y es enterrado cerca de la iglesia, Mendaña dictará su testamento en una noche de eclipse lunar y morirá la tarde siguiente. Se le darán las honras fúnebres propias de un general y en señal de duelo se pondrán dos grandes banderas sobre el suelo al son de los tambores. Es enterrado en la iglesia de Santa Cruz el 18 de octubre de 1595. Aunque más adelante será desenterrado para volver con las naves que quedan a Filipinas, como veremos.

Con este hecho y en virtud de los privilegios de don Álvaro de Mendaña, doña Isabel se convierte en su heredera universal, marquesa de las islas del Mar del Sur y gobernadora de las mismas. Su autoridad la compartirá con su hermano Lorenzo que se convierte en el nuevo general; pero éste morirá el día 2 de noviembre y será enterrado cerca de su cuñado.

La muerte del hermano debió sumir a Isabel en un gran desconsuelo, más teniendo en cuenta que ahora se encontraba sola ante una marinería descontenta que pensaba que toda aquella cadena de acontecimientos era una maldición. Isabel tomó, así, su primera decisión como gobernadora, hizo subir a bordo a los de tierra y aquel poblado se abandonó.

La marquesa de las islas del Mar convocó al Consejo, al que asistieron su hermano Diego, piloto mayor que sería nombrado general y el capitán Felipe Corzo. El nuevo general aconsejó que se abandonaran las naves pequeñas, utilizándose sólo la grande, pero don Felipe se opuso defendiendo que su galeota podría aguantar una nueva travesía, de modo que la primera propuesta fue descartada. Se discutió también sobre el camino a seguir: dirigirse a Filipinas o intentar localizar a la *Santa Isabel* que, como sabemos, estaba perdida.

La decisión fue dirigirse a las Filipinas, aunque comprobando antes que la *Santa Isabel* no está en las cercanías.

Aunque el rumbo a las islas Filipinas suponía un gran alivio para una tripulación cansada de la búsqueda de unas islas mal ubicadas o -como temían algunos- inexistentes, hay que decir que no significaba una travesía fácil y llevadera. La situación, por otro lado, era peor que la de la partida: 900 leguas de camino, naves en malísimo estado, peligrosísimos arrecifes y aguas y vientos imprevisibles...

La navegación transcurrirá sin incidentes hasta el día 10 de diciembre: los días se tornan calurosos, las noches frías, además la galeota se niega a navegar en conserva como se le había indicado e Isabel se ve obligada a increparla.

Un día como hoy de hace 4 siglos, el 11 de diciembre, se cruza el ecuador y ese mismo día deserta la *San Felipe* (comandada por Corzo) que sería juzgado por insubordinación en Manila más tarde.

La situación de la *San Jerónimo* es cada vez peor, no hay casi comida y el agua es sucia, los marineros se encuentran en un estado de debilidad tal que les resulta casi imposible cargar los cadáveres para lanzarlos al mar.

A Quirós le preocupa mantener el estado de la nave hasta el destino fijado y para ello se ofrecerá una ración extra a voluntarios que achiquen el agua que entra.

Las dos naves que quedaban navegan en conserva: sin jarcias, casi sin velas, los estayes podridos, los tripulantes enfermos y francamente debilitados... La fragata *Santa Catalina* solicita auxilio la noche del 19 de diciembre pero Isabel se niega a acercarse a ella por miedo a la oscuridad. Se perdió de vista y ya en Manila pudieron saber que se había ido al garete con toda la tripulación, cadáver del adelantado incluido.

Más adelante encuentran islas habitadas y pueden pedir a los indios cocos y fruta, pero no pueden bajar porque no hay aparejo para soltar la canoa.

El día 14 de enero de 1596 llegan a cabo Espíritu Santo, Isabel cae de rodillas y hace publicar un bando prohibiendo a todos, bajar a tierra sin su permiso, tampoco quiso distribuir el agua sobrante hasta no haber llegado a su destino.

El 29 de enero se puso rumbo a Manila y se envió a dos de los hermanos de la adelantada para avisar al Gobernador de su llegada.

La travesía fue corta pero Isabel no quiere desprenderse de los víveres que sobran en su despensa, Quirós se lo echó en cara pero, al parecer, la contestación de Isabel fue dura y egoísta: "la expedición la había costado muy cara y ella no toleraba intervención en sus intereses" ¿miedo, egoísmo o locura? no lo sabremos nunca, sin embargo Quirós es tozudo y sigue exigiendo un reparto justo; para ello se enfrenta con Isabel y le hace ver que ella ha dado mucho pero que también han sido muchos los muertos y los que sufren por culpa de que el Adelantado no supo fijar correctamente la situación de las Salomón. Isabel, ante semejante argumentación, con buena o mala cara, se ve obligada a abrir su despensa y por fin la marinería goza de un buen almuerzo en mucho tiempo.

No somos quienes para juzgar este comportamiento tan mezquino a primera vista, pero el hecho en sí nos da pie para vislumbrar el carácter de esta mujer de voz suave pero autoritaria. En esas circunstancias la lucha por la supervivencia ha de ser atroz, tal vez el miedo y la impotencia ante tantísimo fracaso hizo a esta mujer protegerse de todos y de todo. De cualquier modo la fuerza de la convicción de los propios hechos que Quirós expuso les enfrentaría, pero también le hizo ceder. Quizás no sabremos nunca si fue por miedo a la realidad o por que su conciencia se ablandó ante las circunstancias... cada uno que piense y novele lo que le parezca.

Los tripulantes, ya lo hemos visto, comieron como habían olvidado que podían comer y el viaje continuó sin rumbo, esto es lo que importa.

El 11 de febrero avistaban Manila. Isabel y Quirós habían vencido. Majó dice: *"Fueron muchos los daños causados por el viaje, muchas las muertes, las penurias, pero Isabel permanecería sin daño, valerosa, con el corazón traspasado de heridas invisibles que a la vez la llenaban de luz"*, puede ser una visión muy romántica de la situación; pero tal vez se acerca bastante a la realidad.

Don Alonso de Albarrán, centinela de la isla subiría a bordo con dos barançais llenos de provisiones, el día 12 de febrero entran en el puerto de Cavite con una desnudez arrogante recibiendo los honores.

Todo debió ser revuelo en las islas Filipinas. Se decía que el barco venía de las Salomón y a Isabel comenzaron a llamarla la "Reina de Saba", nombre que perduraría con el tiempo. Es fácil imaginar que si hoy la hazaña de esta mujer nos llena de estupor, entonces debió ser más impresionante. Mandó barcos y soldados, venció el océano del Perú a Filipinas...

Isabel fue agasajada en Manila junto con sus hermanos y la tripulación, el piloto mayor redactó un informe diciendo los motivos por los que, a su juicio, no pudo llevarse a buen fin la expedición:

"1. Por la imperfección de los instrumentos y el desconocimiento que de la circunferencia de la tierra se tenía. 2. Si Mendaña conocía la verdadera situación no quiso revelarla antes de salir, por temor a asustar a la gente ante la distancia, o tal vez, dudando de arribar a ellas. 3. Que Gallego, el único técnico de la expedición que con Mendaña descubrió las islas Salomón en 1567, hubiese engañado a Mendaña y a Quirós, para no desembarcar allí y así, no pudieran rescatar el oro de Guadalcanal."

Pero Isabel tenía sangre aventurera, y su vida no terminaría aquí.

En Manila conocerá a Fernando de Castro, con el que se casará en noviembre de 1596, y junto con su nuevo esposo, decidirá terminar la obra emprendida por Mendaña.

Para ello se prepara la *San Jerónimo* y se realizan informes, el día 10 de agosto del año 97 Isabel, Fernando y Quirós se dirigen hacia Nueva España, llegando el 11 de diciembre a Acapulco, desde donde Quirós pondrá rumbo a Perú con la intención de solicitar al virrey Luis de Velasco licencia y ayuda. De allí viajará a España para obtener una Cédula del Rey, llegando a Sanlúcar en febrero de 1600.

Los esposos se han quedado en Méjico, pero no parados. Envían al Rey un atestado solicitando permiso para una nueva expedición, al no obtener respuesta se dirigen a Madrid donde según Bosch llegaron con dos hijos hacia 1609.

No logran el permiso y regresa a Perú, donde Fernando ha sido nombrado gobernador y justicia mayor de Castrovirreina. Tiempo después se enterarán de que Quirós ha obtenido una real cédula por la que se le concede el permiso para colonizar las Salomón. Redactan una protesta recordando al Rey los derechos de Isabel, pero no obtienen respuesta. Se dirigen, entonces, al Puerto de El Callao, donde Isabel increpará a Quirós, el cual se defenderá diciendo que la nueva Real Cédula invalida las anteriores. La Reina de Saba verá como Quirós parte sin ella, que es lo mismo que ver que su reino es inexistente.

Los últimos días de esta mujer fuerte, activa y valerosa son, por tanto, tranquilos hasta su muerte en 1612, será enterrada definitivamente en el convento de Santa Clara de Lima.

Me voy a permitir terminar esta comunicación parafraseando las reflexiones finales del libro mencionado de Hilda Elías de Zevallos que, me parece, describen y analizan con seriedad el carácter y la actuación de esta mujer tan desconocida en datos pero tan importante para la historia naval, en un siglo difícil para el sexo femenino:

Dice esta autora:

1. La autorización para la colonización, el título de Adelantado de las Islas y el de Almirante, transmisible a su hijo o heredero se lo concedió el rey Felipe II en 1573. Este documento permite a Álvaro de Mendaña nombrar a Isabel Barreto como heredera en todos los cargos concedidos por el Monarca.

2. Isabel Barreto conoce sus derechos y sus alcances y una vez que asume las responsabilidades actúa con seguridad y decisión.

3. Los preparativos, tripulaciones, avituallamiento y labores menores relacionadas con el viaje, se realizan en la costa del Perú y se considera como "peruleros" a sus tripulantes.

4. Isabel, mujer paradigma, nació, creció, vivió y se casó en Lima. De allí partió hacia Oceanía y de allá retornó a morir a su tierra natal.

5. Es la primera y única mujer que ostenta el título de Adelantada, Capitana de la Flota y Gobernadora.

6. Cruzó dos veces en una frágil nave, el océano más grande del mundo.

7. El deseo de Álvaro de Mendaña, de colonizar las Islas Salomón e incorporarlas al reino de su Majestad española fue también el anhelo de Isabel. Por eso continuó la expedición. Lamentablemente, pasaron cerca de las islas sin poder reconocerlas. Ya no tenía tripulantes sanos, ni colonos, ni fuerzas para iniciar un proceso de colonización.

8. La férrea voluntad de Isabel y su carácter orgulloso y despectivo, le permitieron sobrevivir a trances muy difíciles. Por llevar a buen término su empresa, al lado de su esposo sacrificó fortuna, juventud, salud y maternidad.

Se rodeó de una coraza de egoísmo y frialdad, que tal vez fue la única forma de vencer adversidades y exigencias propias de varones.

9. *El temple de su carácter iba al mismo ritmo que su fortaleza física. Por lo que sabemos de ella a través de testigos de sus viajes, jamás se quejó de dolores o padeció algún mal. Se le puede tomar por mujer justa y equilibrada. Si algo cambia esta actitud es a raíz de la muerte de Mendaña y ante la incertidumbre del buen término de su misión. Se torna celosa en extremo en la distribución de víveres.*

10. *Como mujer de empresa, probó que era capaz de llevarla a buen término, tenía fe y seguridad en lo que hacía. Conoció las flaquezas del carácter de Mendaña y lo respaldó con su personalidad autoritaria.*

11. *Isabel Barreto Castro fue una mujer fuera de serie. Invirtió toda su dote matrimonial en el viaje, comprometiendo su futuro y su vida. Renunció a los placeres de una existencia en la capital, dentro de la corte virreinal, para cambiarla por la estrechez e incomodidades de una nave insalubre.*

12. *Siendo Isabel una mujer que vive en los albores de la edad moderna, su tiempo aún lleva el peso de la mentalidad medieval, en la que se concibe la independencia del proceder femenino. Isabel fue pionera y abanderada de la mujer responsable, de convicciones y de temple. Fue una verdadera mujer marinera.*

13. *Isabel Barreto Castro es "único Adelantado del océano de sexo femenino que menciona la historia".*

BIBLIOGRAFÍA

BARRAS Y DE ARAGON, F. de las: «Mujeres viajeras», en Publicaciones de la Real Sociedad Geográfica, serie B, núm, 254 1951.

FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, P.: *Memoriales de las Indias Australes*, Historia 16, Madrid, 1990 Ed. de Oscar Pinochet.

FERNÁNDEZ DE QUIRÓS, P.: *Descubrimiento de las regiones Australes*, Historia 16, Madrid, 1990 Ed. de Roberto Ferrando.

ELÍAS DE ZEVALLOS H.: *El entorno de Isabel Barreto Castro de Mendaña y su viaje hacia las Islas Salomón: 1595-1596*. Lima, 1995.

GRAVES, R.: *Las Islas de la imprudencia*. EDHASA, 1984.

BOSCH BARRETT, M.: *Doña Isabel Barreto, Adelantada de las Islas Salomón*, Juventud, 1943.

SÁNCHEZ, J.: *Mi viaje a los Archipiélagos del Pacífico*, Plaza y Janés, 1992.

BAERT, A.: «Doña Isabel Barreto, marquise de la Mer du Sud et première femme gouverneur» en *Tahiti Pacifique Magazine*, nums. 42 y 44 oct.-dic. 1994.

CÉSPEDES DEL CASTILLO, G.: (ed. lit) «Textos y Documentos de la América Hispánica (1492-1898)». En: *Historia de España*; Labor, 1986. T. XIII.